

PABLO E. PAVESI. *La moral metafísica. Pasión y virtud en Descartes*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros (2008).

*Oscar Cubo Ugarte*

Desplegar en toda su complejidad la temática de las pasiones y de la virtud en el pensamiento de Descartes es uno de los grandes logros del libro del Pablo Pavesi. Se trata de un trabajo, cuyo origen es una Tesis Doctoral, que aborda el problema de la moral en Descartes prestando especial atención al tratado cartesiano sobre *Las pasiones del alma*, escrito en 1649. La importancia de este tratado para la investigación de Pablo Pavesi se debe a que se trata de la última de las obras escritas por Descartes y la última publicada en vida acerca precisamente de las pasiones del alma. El libro de Pablo Pavesi consta de seis capítulos, el primero de ellos, está dedicado a la unión del cuerpo y el alma, el segundo y el tercero, al análisis exhaustivo de la pasión en Descartes, el cuarto, a la teoría del amor y, finalmente el quinto y el sexto, a la noción de generosidad, último nombre que Descartes otorga a la virtud.

En el primero de estos capítulos el autor se adentra en dos problemas ya clásico en la exégesis del pensamiento cartesiano: el primero, el de la unión del alma y el cuerpo, y el segundo, el de la naturaleza de la moral cartesiana. La respuesta a la primera de las cuestiones no deja de ser llamativa, ya que la unión del alma y del cuerpo es caracterizada a lo largo de todo el texto como una unión «no sustancial» o como el «estar juntos» de dos elementos que cohabitan en su irreducible diferencia. Esta idea de una unión «no sustancial» entre alma y cuerpo la desarrolla Pablo Pavesi a partir del § 2 de las *Pasiones del alma*, donde Descartes señala que el alma no está unida al cuerpo, sino que está más bien junto al cuerpo. De tal modo, que los términos así unidos pueden muy bien estar separados o juntos con independencia de su estrecha alianza en el hombre.

Por lo que respecta a la segunda cuestión, esto es, a la naturaleza de la moral cartesiana, Pablo Pavesi interpreta la moral cartesiana como una moral «metafísica». Las razones que el autor aduce al respecto es que la moral en Descartes no se deduce de la física, ni de la medicina, ni de la fisiología mecánica, sino directamente de la *idea Dei*. A pesar de todo, esta idea desaparece en el texto de *Las*

*pasiones del alma* (p. 30), aunque esto no significa que la idea de Dios deje de jugar un papel muy importante dentro de la moral cartesiana, puesto que el ideal máximo de la moral de Descartes es alcanzar por medio del conocimiento y de la acción una semejanza con Dios. La moral cartesiana, insiste en numerosas ocasiones el autor del libro, tiene como regla fundamental la imitación de Dios en la acción virtuosa, es decir, en la acción independiente de la voluntad. En definitiva, el ideal del hombre es imitar la inmutabilidad divina (p. 205).

Una vez sentadas las bases de la moral cartesiana da comienzo lo que constituye, desde nuestro punto de vista, la parte más novedosa de la investigación de Pablo Pavesi. A partir del segundo capítulo el lector de la obra se introduce en el complejo laberinto de las pasiones y de la virtud en el pensamiento de Descartes. Como señala con claridad el autor del libro, Descartes enumera seis pasiones fundamentales a lo largo de los §§ 53-92 de *Las pasiones del alma*: la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza. Estas son las pasiones fundamentales a partir de las cuales surgen las restantes pasiones complejas, como resultado de la combinación de las primeras. El autor del libro realiza una lectura muy detallada y apegada al texto de esta parte de *Las pasiones del alma*, mostrando la especial complejidad de la noción cartesiana de pasión por lo que respecta a su inmanencia con el alma y su problemática relación con el cuerpo. La pasión a diferencia de los sentimientos y de las ideas sensibles está indisolublemente unida al alma y no puede ser explicada por el cuerpo, a pesar de que el alma recibe la pasión a partir del cuerpo.

Pablo Pavesi insiste en que la pasión es una emoción interior al alma, que el alma al mismo tiempo recibe como algo que no proviene de ella, sin que esto altere para nada la esencial interioridad e inmanencia de la pasión al alma. Esta inmanencia de la pasión al alma hace que la pasión siempre lleve consigo una irrefutable verdad para el alma, ya que la pasión no puede ser de otro modo a como el alma efectivamente la siente (p. 107). Este sentimiento tiene, además, como efecto en el alma una disposición inevitable hacia el querer. Esta última cuestión es muy importante para la investigación de Pablo Pavesi sobre la virtud y las pasiones en Descartes, ya que la moral cartesiana se articula a partir de los efectos que producen las pasiones en el alma. Estos efectos inclinan al alma a querer, y la obligan a consentir o no consentir aquello que la pasión propone. Este análisis de los efectos de la pasión en el alma introduce la investigación de Pablo Pavesi directamente en el núcleo de la moral cartesiana.

En el capítulo tercero se pone de relieve que aquello que caracteriza a las pasiones es que ellas siempre tienen un efecto sobre el alma, que dispone al alma a querer. Ahora bien, la voluntad para Descartes es esencialmente libre, de manera que no puede ser constreñida por las pasiones salvo con un consentimiento previo. El alma siente los efectos de la pasión en ella misma y es requerida por medio de ello a tomar una decisión. Las pasiones funcionan como una suerte de invitación o incitación a la cual el alma debe imperativamente responder. De hecho, como señala acertadamente Pablo Pavesi, Descartes emplea el término «combate» para describir la relación que mantiene el alma con sus pasiones (p. 118).

Otro rasgo fundamental de las pasiones es que ellas a diferencia de los simples sentimientos no se sienten al instante, sino que requieren de un cierto espacio de tiempo para ir madurando y forjándose como pasiones. Debido a esta característica de las pasiones, la lucha contra las mismas tampoco puede ser algo puntual y momentáneo, sino que requiere de fuerza de voluntad a lo largo del tiempo. El dominio sobre las pasiones y el camino hacia la virtud sólo es posible, pues, bajo un esfuerzo continuo de la voluntad, sin el cual no se puede forjar el hombre virtuoso (p. 123). Sólo por medio de este esfuerzo continuado en el tiempo se puede acceder a un verdadero conocimiento de las pasiones, que le está vetado a todos aquellos que están presos y son esclavos de sus propias pasiones.

Dentro del conjunto de las pasiones simples que enumera Descartes en el texto sobre las *Pasiones del alma*, Pablo Pavesi presta especial atención a la pasión del amor, porque en esta pasión emerge de *alteridad* como una categoría fundamental. Con la pasión del amor emerge de nuevo la noción de «ser junto a», ya que en el amor el alma se considera desde siempre unida con el objeto amado. Lo que convierte a esta pasión en una pasión fundamental en el estudio de Pablo Pavesi es que ella hace referencia a la *alteridad*. Frente a la imagen solipsista del sujeto cartesiano, la pasión del amor sitúa al *ego* en contacto con la alteridad. Ciertamente, en *Las pasiones del alma* parece en un primer momento conservarse el egocentrismo del sujeto cartesiano al definirse el objeto de amor como aquello que parece conveniente al *ego*, según la estima que tiene el *ego* de sí mismo. Sin embargo, la pasión del amor va más allá de este presunto egocentrismo, porque pone al sujeto en relación inmediatamente con otro sujeto, entendido como causa libre, que tiene la misma capacidad que él para hacer el bien o el mal.

Pablo Pavesi realiza un importante esfuerzo al comparar la noción de amor que maneja Descartes en su correspondencia a lo largo de 1647 y la noción de amor que se maneja en *Las pasiones del alma* de 1649. Lo que caracteriza fundamentalmente a la pasión del amor en 1649 es que por medio de ella el sujeto accede directamente a otros sí mismos por medio del libre consentimiento. Este libre consentimiento es lo que distingue al amor del deseo. El autor del libro enfatiza mucho esta cuestión: el amor descansa en el consentimiento a la unión con el otro, mientras que el deseo sólo desea la posesión del objeto, de modo que esta unión con el otro puede realizarse con independencia de su consentimiento. El amor deviene amor puro cuando la pasión no tiene relación alguna con el cuerpo. El amor puro se siente sin placer y es una pasión que pertenece por entero al alma. El amor puro excluye toda forma de deseo, porque el deseo tiene como condición la imperfección de la posesión y se dirige siempre hacia el futuro, mientras que el amor se siente en un presente continuo, sin temor y sin esperanzas (p. 154). La importancia del amor puro para el estudio de la moral cartesiana se debe a que con él se respeta la plena alteridad del objeto. Descartes ejemplifica este amor, como el amor que se tiene al padre o como el amor que se tiene al hijo. Lo que caracteriza a este tipo de amor es una estrecha unión con «otro sí mismo», sin eliminar la alteridad del otro.

La importancia que para Pablo Pavesi tiene la noción de amor verdadero se debe a que ella es la puerta de acceso a una verdadera regla moral, que no sea sin más provisional. Una de las mayores aportaciones de *Las pasiones del alma* para la moral cartesiana es que por medio de la noción de amor se puede formular una regla moral verdadera. Esta es una de las tesis más importantes del libro de Pablo Pavesi. A diferencia del *Discurso del Método*, donde Descartes habla de la necesidad subjetiva de mantener una «moral provisional», lo novedoso de *Las pasiones del alma* es que la pasión del amor puede llevar al hombre a la benevolencia y a una alegría plena en esta vida. La benevolencia como efecto del amor verdadero conduce al alma no sólo a la consideración del otro como un bien, sino también a la consideración del bien del otro, lo cual acentúa de nuevo el peculiar descentramiento del *ego* cartesiano que produce a pasión del amor. El amor hacia el bienamado determina así en última instancia la acción del sujeto, incluso en contra de su propio amor egocéntrico. Por este motivo, es por lo que Pablo Pavesi insiste en que el amor hacia el otro no puede deducirse del amor hacia sí mismo.

Este amor verdadero unido a la alegría y a la justa estima de sí es lo que Descartes llama virtud o generosidad. A esta noción de virtud como generosidad dedica el autor del libro los últimos capítulos de su investigación. La generosidad así entendida, constituye para el Descartes de 1649 el último grado de sabiduría y único modo de alcanzar la felicidad en esta vida. En la generosidad el *ego* se conoce en su máxima perfección y al mismo tiempo es capaz de reconocer que aquello que constituye su libre arbitrio no es más que un don divino. El reconocimiento de este don es la gratitud, que es una forma de amor siempre virtuoso. La gratitud que brota de la generosidad hace al virtuoso semejante a Dios por su capacidad de convertirse en señor de sí mismo. Pero esta semejanza sólo es una semejanza, porque los atributos que se predicán tanto de Dios como del hombre virtuoso siempre son equívocos. Por medio de su gratitud el hombre virtuoso reconoce su semejanza con Dios, pero al mismo tiempo también la infranqueable distancia que le separa del Creador.

Generosidad y agradecimiento están indisolublemente unidos. Para Descartes no hay ninguna duda al respecto: «son las almas generosas siempre las almas más agradecidas» (Pasiones § 202). Pero la generosidad no se reduce ni se agota en la gratitud a Dios, ya que también lleva consigo la estima de los otros hombres en tanto que ellos también son semejantes a Dios. Para el hombre generoso todos los hombres son, por este motivo, objetos posibles de amor. De hecho, Descartes descubre una regla moral definitiva a partir de dicha generosidad, que se puede formular del siguiente modo: los hombres generosos o los hombre virtuosos «no estiman nada más grande que hacer el bien a los otros hombres y despreciar su propio interés... y con ello, son plenamente dueños de sus pasiones, particularmente de sus deseos...» (Pasiones § 156). De este modo, obtiene Descartes una regla definitiva para su moral que asemeja al hombre con Dios a través del sometimiento de sus pasiones y deseos. La regla definitiva de la moral cartesiana es caracterizada por Pablo Pavesi como una apuesta firme de resolución a hacer el bien, imitando la donación originaria del Creador y haciendo el bien a todos los hombres (p. 209).

El libro termina con unas conclusiones centradas en el rechazo cartesiano de la teoría de la doble verdad: las verdades reveladas y las verdades intuitivas. Este tema es abordado por Pablo Pavesi con la idea de defender que la moral cartesiana se inscribe dentro del mencionado acuerdo entre las verdades de razón y verdades de fe. En estas conclusiones se analiza la acusación de «pelagianismo»

que la filosofía cartesiana recibe desde sus primeros momentos por parte de ciertos teólogos de la Iglesia católica. Según esta acusación, la moral cartesiana defiende que se pueden hacer buenas obras y merecer vida eterna sin la gracia, lo cual es rotundamente negado por la Iglesia. Con esta discusión acerca del presunto «pelagianismo» cartesiano y con una apasionante confrontación entre Pascal y Descartes concluye este original trabajo de Pablo Pavesi dedicado a explorar la moral metafísica de Descartes en la última de sus obras.